Arzobispo
Ricardo Blázquez Pérez

Carta

Día del Seminario y Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 2014

Orar por las vocaciones

16 de abril de 2014

Todos los cristianos hemos recibido la llamada a la fe y al seguimiento de Jesús dentro de la Iglesia, que significa ”asamblea” o ”convocación”, ya que es la ”patria” de todas las vocaciones. La mayor parte de los cristianos reciben la vocación al sacramento del Matrimonio, otros al ministerio sacerdotal, y otros a la vida consagrada. A estas vocaciones especiales, sacerdocio y vida religiosa, me refiero hoy particularmente; quiero unir dos fechas muy significativas que nos ofrecen la oportunidad de orar intensamente por las vocaciones: el Día del Seminario y la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que este año tendrá lugar el 11-5-2014, domingo del Buen Pastor.

En torno a la Fiesta de san José, celebramos la Jornada del Seminario. Entre la Familia de Nazaret y el Seminario se puede establecer una comparación: así como en la casa de Nazaret, llevando una vida escondida, Jesús se preparó para la misión encomendada por el Padre, de modo semejante en el Seminario, a través del trabajo, la oración y la convivencia, se forman los candidatos para recibir el ministerio sacerdotal. Por ese motivo, san José es el patrono de los seminarios.

El Día del Seminario es una preciosa ocasión para apreciar y agradecer a Dios las vocaciones sacerdotales; para manifestar nuestra cercanía al Seminario; y para alegrarnos con los seminaristas que van diciendo ”sí” a Dios en el proceso de descubrimiento, de consolidación, de maduración y de ratificación fiel de la vocación a la que el Señor los llama. Una vocación es siempre un regalo de Dios a la Iglesia

ni en las riquezas, sino en Dios, que con su fuerza robustece nuestra debilidad. Toda vocación especial manifiesta la vitalidad de la vocación cristiana personal y de la comunidad a la que pertenece, y al mismo tiempo fortalecerá y alimentará esa vitalidad.

El lema del Día del Seminario y el mensaje del Santo Padre para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones están en consonancia con lo que ha repetido a lo largo del año de su ministerio como obispo de Roma y sucesor de Pedro: «*La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*» (*Evangelii gaudium*, 1). El Seminario es una escuela de mensajeros de la alegría; porque Jesús en persona es el Evangelio, la Buena Noticia de Dios, todo sacerdote está llamado a abrir a las personas la puerta del gozo. Nuestro mundo, que está apesadumbrado por muchas inquietudes, espera escuchar aquellas palabras de Jesús: «*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré*» (Mt 11,28). No somos "profetas de desventuras", sino heraldos de perdón, de misericordia, de gozo y de serenidad. Cuando la esperanza arraiga en el corazón de una persona, su vida se ilumina, se rehace de los cansancios, trabaja sin desmayo por una sociedad edificada sobre el amor y la fraternidad, y brota sin cesar su decisión para sobreponerse a las frustraciones.

Me atrevo a dirigir una pregunta a niños, adolescentes y jóvenes: ¿Por qué tú no puedes ser sacerdote? ¿Por qué tú no puedes ser religioso? Habla con Jesús acerca de tu vida, tus ilusiones y tu vocación. De la amistad con Jesús y de su seguimiento brota una alegría que nadie nos podrá arrebatar; en cambio, si le damos la espalda, nos alejamos tristes (cf. Mc 10,21-22). Pregúntale: "¿Qué quieres que haga con mi vida? ¿A dónde me invitas? Muéstrame tus caminos, Señor".

La obediencia a la vocación de Dios implica salir de la tierra propia, de los proyectos y de la seguridad, como Abrahán, Moisés, los profetas y los apóstoles. María respondió: «*Hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1,38), y nos pide a todos: «*Haced lo que Él (Jesús) os diga*» (Jn 2,5). Toda vocación es salir, ponerse en camino, seguir al Señor; la fidelidad a la vocación vence la comodidad, la indolencia, la desgana, el miedo y la incertidumbre, porque Jesucristo nos abre el camino y nos acompaña.

Pidamos hoy particularmente por los seminaristas, los postulantes y los novicios; por los que van escuchando el rumor de Dios.